



GOLEADA EN

HACE cuarenta años que lo dijo Ho Chi-Minh: «Esta es la mía». Y ni corto ni perezoso empezó la liberación de Vietnam, y mira tú qué bien ha salido todo. Me pregunto si los Estados Unidos habrían oído hablar de Ho Chi-Minh, que era un vietnamita que tenía las barbas de chivo, como don Ramón María del Valle-Inclán, y aspecto de miserable. También Gandhi tenía aspecto de miserable. Ninguno de los dos era Gary Cooper, que digamos. Pero, amigo, hay que ver la mala follá que tienen los nanos. Y según era el jefe, así era la tropa, toda escuchimizada. Pero, hombre, si daba pena de ver a los del Vietcong. Seguramente que eran pequeñitos para esconderse mejor. Todos como ratones amarillos, anal-fabetos, descalzos. Pero el Ho Chi-Minh les había dicho «¡Al rico norteamericano!», y allá que se iba la patuela comunista. Como unos chi-

quillos. Y mira que les tiraron fósforo encima los de los Derechos Humanos. Pero los chiquillos, ya se sabe. Son unos cabroncetes. Que si ahora avanzo un metro, que si ahora avanzo dos, que si me escondo detrás de aquel árbol, que si le pongo una bombita casera en el culo a ese sargento, pues nada, que ganaron la guerra. Cuando los norteamericanos quisieron darse cuenta ya no tenían tiempo de llamar a la Policía Montada del Canadá. Oye, y qué manera de escapar. Todos como sardinas en los barcos, cayéndose los helicópteros al mar de cargados que iban. «Es que es para romperles la cara», decía un valiente oficial de USA. «No abuses, no abuses», le contestaba otro, más comprensivo. A lo mejor va John Wayne y hace una película como la de «El Alamo», con música y todo. ¡Qué jodíos! ¡Son buenos haciendo películas! Me han dicho que dejaron abandonados en el campo de batalla mil toneladas de chicle. Por lo visto eran muertos. Me han dicho también que cuando un yanqui muere queriendo avasallar una tierra que no es suya y a unos hombres que aman a su tierra, se convierte en chicle miserable. Sólo quienes mueren defendiendo su pan y su suelo son más hombres todavía después de muertos. En fin, que ya cesaron las hostilidades. ■ LICANTROPO.



VIETNAM: LOS YANQUIES PORQUE ERA SÁBADO

Si ustedes se fijan, los yanquis, después de la tira de años en Vietnam han perdido la guerra en sábado. Los yanquis han abandonado, ante la consternación del mundo, porque era sábado sabadete. Lo que oyen.

A ver si me explico. Resulta que, con tanta Betty Friedan y tanta Esther Vilar y tanta doña Carmen Llorca, las esposas americanas están en plan salido, o sea que no quieren ser frígidas y han dicho que ellas tienen tanto derecho como el hombre a la gratificación libidinal, o sea lo aquí llamamos el sábado sabadete. Les han escrito todas a sus maridos, que estaban en Vietnam: «Darling, si no vienes para cumplir con el débito conyugal el sábado, adivina quién viene a cenar esa noche: Robert Redford. Y ése no se contenta sólo con cenar. Tuya, Dasy».

En una palabra, que despertado a la vida sex Masters y Johnson, V Mead y otros pornógrafos con un marido lberia sola. Antes, cuando un Cruzadas, o a Corea, a civilización occidental, la democracia y la chis esposa se ponía bien seguridad y se arreglado del coche, pues siempre iba a la guerra porque t del jardín. Ahora no, ah ficación libidinal y les h «O Ho-Chi-Minh o yo».

VIETNAM



LA ODISEA DEL CHICLE

EL imperialismo yanqui describe una parábola histórica que va desde la guerra de Cuba en 1898 hasta los bares de la calle Ballesta en 1975. Bajo este arco de chulería política hay mucho desembarco, mucha intervención, mucho chicle repartido, mucho napalm, mucha leche en polvo, mucho exterminio, mucha ayuda votada en el Congreso, mucha guerra de banana, de caucho, de petróleo, de cobre, mucho embajador ciático, mucho boy de Texas drenando la libido con las tabernas del puerto, mucha blenorragia reexpedida a la metrópoli al final de quintas, mucho telefilm con protagonista alimentado con tarta de cerezas que se acoge con la boca llena a una enmienda de la Constitución. Y total para nada.

En medio de este intervencionismo americano existen algunas victorias disimuladas, algún alto el fuego, algún armisticio al borde de un paralelo. Pero hay una derrota clavada, rotunda e inmisericorde. El pueblo vietnamita acaba de dar a los americanos un correctivo sin fisuras; no han dejado allí ni a un apuntador yanqui para que siquiera nos relata su versión. Aparte de la logística, en el asunto de Vietnam ha habido un error psicológico de base. Ocurre que todos los imperia-

listas que han pasado por allí, españoles, franceses, japoneses y principalmente norteamericanos han dado en creer que aquella gente era gilipolla. Claro está, ven que los vietnamitas son pequeñitos, con su trenca bajo el sombrerito de cono, que sonríen siempre aun cuando les pisan un callo y pensaron que una guerra con ellos se acababa con cuatro bofetadas. Pero ya, ya. Resulta que la hazaña de estos aparentes enanitos ha sido la más dura de toda la historia de la humanidad desde Herodoto hasta nuestros días. Y parecían tontos, así tirando del carrito.

Esto de perder guerras es como el rascar: todo es cuestión de empezar. Sucede que los americanos han equivocado el viento de la Historia. Después de Vietnam puede venir Suramérica, África y Oceanía. Tal como van las cosas pienso, que el último reducto del imperialismo yanqui serán los bares de la calle Ballesta y de la Costa Fleming donde los rubios defensores de Occidente agarrados contra la barra a un lingotazo de güisqui acabarán cantando a coro Asturias, patria querida. Y así terminará la civilización occidental.

VICENT

¿QUIES ABANDONAN BADO SABADETE

La mujer americana ha al, por culpa de Kinsey, Ithem Reich, Margaret s, y ha descubierto que pasan menos noches americano se iba a las defender la causa de las valores intangibles de la vida, su santa pretado el cinturón de con el vecino, dentro había un vecino que no nía que segar la hierba ra ellas exigen su grati escrito a sus maridos: ansados de pasar tanto

sábado sabadete fuera de casa, los bravos adalides de la cosa han decidido volver y cumplir a calzón caído. «No más noches sola», es el slogan Iberia que ellas han puesto sobre la cama conyugal. La guerra ha terminado y la mujer americana ha comprendido que es mejor tener un marine en la cama que tenerlo en Saigón. Pero como el matrimonio es una cosa que cansa mucho, los yanquis ya están liando lo de la OTAN y lo de la NATO, o lo que fuere, que se ha recrudecido con la alarma de Portugal, para venirse a la Costa Fleming, que es adonde está el sabor.

O sea que en la Costa Fleming vuelven a subir los aranceles. Al pueblo español es al que le toca siempre apretarse el cinturón. Incluso cuando de lo que se trata es de soltárselo. ■ TIO OSCAR.

